

cido y traduce la Biblia a las lenguas de los países de Misión es algo que todavía se ignora”.

Pero la culpa de esta ignorancia recae también en gran parte sobre los mismos católicos: hasta ahora éstos no se habían ocupado de informar sobre esta actividad de los misioneros católicos. La intención de esta colección de artículos, editada por J. Beckmann, es precisamente llenar esta laguna, dar a conocer a todos, católicos y no católicos, la obra que la Iglesia católica ha realizado y realiza en el campo de la traducción y difusión de la Biblia en las lenguas de los países de Misión. Encabezan el volumen dos artículos introductorios, uno de P. W. Bühlmann sobre *La Biblia en las Misiones católicas* (pp. 3-28) y otro de N. Kowalsky sobre *La Sagrada Congregación de Propaganda Fide y la traducción de la Sagrada Escritura* (pp. 29-33). La parte central del volumen es una serie de colaboraciones de extensión diversa sobre *La traducción de la Biblia en la Iglesia católica en el pasado y en la actualidad* (pp. 34-322). Las comunicaciones están ordenadas por países: América, Asia y Oceanía, mundo árabe y África. Para el lector español puede ofrecer especial interés la aportación de J. Specker sobre *La valoración de la Sagrada Escritura en las Misiones hispano-americanas* (pp. 37-67). Cierran el volumen dos artículos que constituyen una apreciación final: uno de O. Béguin sobre *La renovación bíblica vista por un protestante* (pp. 324-327) y otro de P. W. Bühlmann sobre *La colaboración con los protestantes para la traducción y difusión de la Biblia en las Misiones* (pp. 328-335). Un índice general de personas, lugares y materias facilitará el manejo de la obra. La rica información aquí reunida, aunque presentada con la modestia de reconocerse labor incompleta, merece nuestra gratitud al editor y al numeroso equipo de colaboradores.

M. HERRANZ

W. J. HARRINGTON, O.P., *Iniciación a la Biblia. Historia de la Promesa. Introducción general y Antiguo Testamento. I.* — Edit. Sal Terrae, Guevara, 20. Santander 1967. — 150 × 215 mm. — 589 págs.

W. J. HARRINGTON, O.P., *Iniciación a la Biblia. La Plenitud de la Promesa. Nuevo Testamento. II.* — Edit. Sal Terrae, Guevara, 20. Santander 1967. — 150 × 215 mm. — 534 págs.

Estos dos volúmenes del P. Harrington, que corresponden al 3.º y 4.º de la colección “Palabra Inspirada” de la popular editorial santanderina “Sal Terrae”, constituyen una *Introducción General* a toda la Biblia (pp. 13-237 del primer volumen y pp. 11-71 del segundo) y una *Introducción Especial* a cada uno de los libros del Antiguo (I, pp. 239-598) y Nuevo Testamento (II, pp. 73-534). De hecho, en la edición original inglesa la obra apareció en tres volúmenes distintos: *Record of Revelation. The Bible* (1965); *Record of Promise: The Old Testament* (1965); *Record of Fulfillment: The New Testament* (1966).

En la *Introducción General*, que está precedida por un prólogo del P. de Vaux, se tratan las cuestiones de inspiración, inerrancia, sentidos de la Sagrada Escritura, canon, texto, y la triple crítica bíblica, textual, literaria e histórica. Se da, además, una síntesis del marco histórico del Antiguo y Nuevo Testamento y se hace una breve descripción de la geografía de Palestina.

En la *Introducción Especial* se van recorriendo por bloques o grupos los distintos libros de la Biblia. PRIMER VOLUMEN: Pentateuco, Historia Deuteronomista, Libros Proféticos, Literatura Sapiencial, los Salmos, Historia del Cronista, I-II Macabeos y Escritos. Entre estos últimos se incluyen Rut, Jonás, Tobías, Baruc, Daniel, Ester y Judit. SEGUNDO VOLUMEN: Evangelios Sinópticos, Hechos de los Apóstoles, Cartas Paulinas, Cartas Católicas, Escritos de san Juan.

El P. Harrington no ha escrito pensando en los especialistas ni tampoco se sitúa en un plano de pura divulgación. Es una obra destinada a estudiantes de Teología, sean éstos clérigos o seculares. Este hecho determina los principios que presiden su trabajo y las notas que la caracterizan. No pretende ser original, sino informar con garantía y solvencia sobre los problemas literarios e históricos en torno a la Biblia y, sobre todo, poner de relieve la doctrina y teología de sus libros (I, pp. 9-10). En cada una de las cuestiones el P. Harrington ha buscado al especialista de su preferencia y ha extractado su pensamiento o se ha inspirado de cerca en él. Así, por ejemplo, en la cuestión de la Inspiración hace suya la doctrina del P. Benoit, al mismo tiempo que informa sobre las explicaciones del K. Rahner y J. L. McKenzie; en la síntesis de la Historia de Israel sigue a J. Bright; en el problema sinóptico adopta la solución de Vaganay con las rectificaciones de Léon-Dufour. En general la obra de Harrington se apoya sobre la *Biblia de Jerusalén* y la *Introducción a la Biblia* de Robert-Feuillet. El mismo autor confiesa expresamente esta estrecha dependencia.

La falta de originalidad no es ningún reproche en una obra de este género, sino todo lo contrario. La falta de originalidad no excluye tampoco la aportación y el sello personal. De hecho, el P. Harrington ha leído sus fuentes, las ha asimilado y las ha transformado en una síntesis que puede ser calificada de personal. Esta personalidad se ejerce asimismo en la elección entre las distintas opiniones posibles, donde el autor manifiesta una gran madurez de criterio. En general, sus posiciones se sitúan en una línea más bien conservadora pero abierta.

A todos estos méritos de fondo deben sumarse la sobriedad y claridad en la forma. A pesar de su carácter didáctico, la obra del P. Harrington se lee con facilidad y hasta con gusto por la forma en que está presentada.

No es posible reseñar aquí ni menos enjuiciar cada una de las opciones que adopta el autor en los distintos problemas literarios, históricos o teológicos. De una manera general podemos decir que sus soluciones son ponderadas y tienen siempre detrás el refrendo de buenas autoridades.

La predilección del P. Harrington por algunos autores bíblicos o por algunas cuestiones especiales ha repercutido en la extensión que les concede, que a veces llama la atención. Así, por ejemplo, al Cantar de los Cantares le concede 9 páginas, mientras dedica sólo tres al profeta Isaías; a Jonás y a

Tobías les concede tanto espacio como a Jeremías; al libro de Daniel le dedica tanta extensión como a la Síntesis Deuteronomista, que abarca siete libros; a la carta a los Filipenses, que estaría integrada por tres billetes escritos probablemente en Efeso, le concede 13 páginas, mientras dedica solamente siete a Gálatas, nueve a la 1 Cor y siete a la 2 Cor.

Si del autor pasamos al *traductor*, aquí el juicio no puede ser tan positivo. Según nuestro parecer se trata de una traducción de baja calidad. La falta de fluidez en la redacción, la falta de constancia y uniformidad en la transcripción de los nombres propios, el desconocimiento de la terminología técnica bíblica y la infinidad de erratas, hacen la lectura de la obra del P. Harrington en castellano, desagradable y hasta llega a producir mal humor.

Ejemplos de mala traducción pueden verse por no citar más que algunos, en el primer volumen: pp. 279; 305-306; 354; segundo volumen, pp. 129; 146; 158. No son muy castellanas frases como, "hubo muchas intervenciones de sufrimientos religiosos y naciones" (I, p. 310); "podemos visualizar una primitiva literatura profética" (I, p. 314); "fue un hecho fuera de su experiencia personal como le vino a Oseas la imagen de casamiento" (aparte de la incorrección redaccional, "matrimonio", "desposorios", unión conyugal" hubieran sido más apropiados y con más sabor bíblico); "Miqueas... tiene el mismo acercamiento de este profeta a la injusticia social"; "la principal sucesión de David estaba rígidamente adherida"; "manifiesta mejor colocar a los otros dentro..."; "escribió cuidadosamente todo lo que se acordaba de las cosas" (II, 119); se usa "llamado" con valor de sustantivo en vez de "llamada". Se advierte la tendencia a poner los adjetivos antes de los sustantivos (influencia del inglés). A veces esta construcción es indiferente, pero, otras, cambia el sentido: no es lo mismo un "innominado profeta" (I, 310), que un "profeta innominado".

Falta regularidad y uniformidad en la transcripción de los nombres propios: unas veces leemos Jaribu, Gibeón, Guilgal, Jasor, Guilboa, Zefanías... y, otras, Habiru, Gabaón, Gálgala, Hazor, Gelboe, Sofonías... No hay por qué transcribir *Tecue*, *Zēfanías*, *Gibeón*, *Aijalon*, *Yehoachim* (I, p. 208, que además no es *Yehoachim*, sino *Yehoachim*), *Zedequías*, *Habakuk*... cuando ya están consagrados por el uso *Tecoa*, *Sofonías*, *Gabaón*, *Ayalón*, *Joaquín*, *Sedecías*, *Habacuc*... (Una vez más revela el traductor su falta de conocimiento de la terminología técnica bíblica y su servilismo respecto del original inglés). En esta misma línea podríamos citar el uso de "remanente" en vez de "resto"; "criticismo" en vez de "escuela crítica"; "dobletes" para significar relatos repetidos o duplicados; "canaanita" por "cananeo"; "muslín" por "musulmán"; en II, p. 421 "Pablo se vuelve a los niños", en vez de "hijos", etc. Encontramos transcripciones tan poco castellanas como "haggadístico midrash" (I, 460), "haggadic midrash" (I, 510). El servilismo inglés se muestra también en el empleo de millas, pies y el uso del termómetro de Fahrenheit para medir las temperaturas.

Abundan las erratas: en I, 316 leemos "deuterocanónicos" en vez de "deuteronomico"; en I, 18, se coloca a Moisés en el s. XIX; en I, 28 se coloca la primera redacción de la Historia Deuterocanónica (que debe leerse "deuteronomica") en el s. VII y en la p. 29 en el s. VI; en I, 28, se coloca al

Protoisafas (cc. 1-39) en el s. VIII y en la p. 29 en el s. VI; en II, 196-197 se advierte un grave error de imprenta; sea por error de imprenta o por mala traducción, en II, 257 lin. 9-11 dan un sentido inexacto; en II, 227, lin. 7 debe leerse Fil. en vez de Flm.

Si bien es admisible la postura del P. Harrington, quien de acuerdo con la finalidad de su obra, ha simplificado la bibliografía y la ha limitado en lo posible, al área de habla inglesa, en una edición castellana se echan de menos las obras españolas, sean éstas originales o traducciones.

ANTONIO G. LAMADRID

GEORGE H. TAVARD, *Écriture ou Église? La crise de la réforme* (Unam Sanctam, 42). — Les Editions du Cerf, 29, boulevard de Latour-Maubourg, Paris, 1963. — 140 × 230 mm. — 358 págs.

Se nos ofrece aquí, traducida por C. Tunner, O.P., la obra de G. H. Tavard, *Holy Writ or Holy Church. The Crisis of the Protestant Reformation*, New York 1959. En advertencia al lector ante esta segunda edición de su obra, el autor dice que sólo hay un punto de cierta importancia en que su pensamiento ha cambiado: Melchor Cano y Pérez de Ayala están mucho más cerca de la doctrina clásica sobre la Tradición y la Escritura de lo que puede darse a entender en la obra. Esta teología clásica sobrevivió en la época de la Contrarreforma. La renovación del interés por estas ideas en la teología moderna, sobre todo a partir de J. A. Mohler y Newman, no es una innovación.

La intención del autor en esta obra es buscar el origen del principio que afirma la autoridad exclusiva de la Escritura y exponer las reacciones que el enunciado de este principio provocó en el siglo XVI. La concepción a que habían llegado los Santos Padres sobre las relaciones entre la Escritura y la autoridad de la Iglesia dominó el pensamiento cristiano durante la época patristica y la mayor parte de la edad media. Luego comenzó una lenta erosión, acelerada por los acontecimientos del cisma de Occidente en el siglo XIV. Sin poner en duda la solidez de la vieja concepción se planteó la cuestión de si era suficiente y perfectamente adecuada para responder a los problemas del tiempo. La dialéctica de la Iglesia y de la Escritura fue mal comprendida, discutida y abandonada. Se buscaron vías nuevas. Antes que pudiera encontrarse una, la Iglesia sufrió una nueva sacudida. Los problemas planteados por la Reforma en torno a las relaciones entre la Escritura y la autoridad cogieron desprevenidos a los teólogos, y esto dio origen a un verdadero caos intelectual, del que protestantes y católicos se esforzaron afanosamente por salvar lo que pudieron. A finales del siglo XVI, cuando las controversias se calmaron, la cristiandad se encontró dividida en el modo de considerar las relaciones entre la palabra de Dios escrita y las tradiciones de la Iglesia. "Aquí —dice el autor— queremos seguir la historia de esta desintegración, y a la vez explicar cómo un razonamiento falso, si no es corregido a tiempo, puede originar una decadencia susceptible de llevar poco a poco a la catástrofe. Por eso no queremos limitarnos a hacer